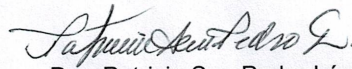


### Presentación

El reporte de investigación *Industria cultural, arte y sociedad: los conceptos y la historia (1956-1968) (primera parte)*, del Dr. José Othón Quiroz Trejo, es resultado del proyecto: *Vanguardias artísticas y movimientos socioculturales en México, siglo XX. Una mirada desde la sociología histórica, de la cultura y el arte* (núm. 875).

Este estudio, es el primero de dos reportes sobre el análisis e inventario del accionar de la industria cultural en el período 1956-1968. Comienza con el recuento de los antecedentes y la contextualización de dicho período, donde destacan, por un lado, la consolidación del Estado benefactor, el crecimiento económico de la posguerra, la guerra fría y los milagros económicos y, por el otro, la sólida implantación de una industria cultural que coadyuva a la subordinación del tiempo no laboral, el consumo y el uso del tiempo libre a los ritmos y mandatos de la producción. En el trabajo también se abordan e historian algunos conceptos y categorías que resultan vitales para continuar el estudio de la relación industria cultural, arte y cultura de masas iniciado en el reporte anterior. Para ello el autor busca responder a la pregunta que él mismo formula: “¿Por qué ligar estas investigaciones y reflexiones sociológicas a conceptos y temas como *elites*, *vanguardias* y *romanticismo* que tradicionalmente han pertenecido a la política, a la historia del arte, al lenguaje de la guerra y a la literatura?”. Este es el punto de partida del recorrido donde se caracterizan las vanguardias, las elites y sus respectivas posturas en torno a las masas y su cultura. Un importante factor para dar seguimiento histórico de la diada elite-masa, es el concepto de polarización de Salvador Giner que representa el “uso de la oposición de dos modelos societarios extremos” para analizar la relación elites-masas. Finalmente, el reporte aborda cómo el romanticismo –conservador o progresista- va a influir de diferentes formas en las posturas intelectuales a favor o en contra de las masas y su cultura.



Dra. Patricia San Pedro López  
Encargada del Departamento de Sociología

# **REPORTE DE INVESTIGACIÓN**

**DR. JOSÉ OTHÓN QUIROZ TREJO**

Proyecto 875: Vanguardias artísticas y movimientos socioculturales en México, siglo XX. Una mirada desde la sociología histórica, de la cultura y el arte.

Línea de Generación y Aplicación del Conocimiento: Analizar el impacto de la sociedad del siglo XX, estudiando la manera en que las vanguardias artísticas y los movimientos socioculturales influyen en la sociedad y la sociología contemporáneas.

Área de investigación: Análisis Sociológico de la Historia.

## **INDUSTRIA CULTURAL, ARTE Y SOCIEDAD: LOS CONCEPTOS Y LA HISTORIA (1956-1968). PRIMERA PARTE**

**Resumen:** En este reporte se presentan los resultados de las indagaciones en torno a los antecedentes y el contexto económico, político, social y cultural en que se inserta el período estudiado (1956-1968). Se caracterizan y ubican socio-históricamente los conceptos de elite, vanguardias políticas, masas y polarización social, para esclarecer sus diversas visiones sobre la relación arte, industria cultural, cultura de masas. Se da un repaso a los antecedentes remotos y opiniones de pensadores griegos y romanos sobre la liga –polarizada y jerárquica– entre los de arriba (elites) y los de abajo (masas). Se definen y establecen lazos entre las expresiones del Romanticismo (optimista, pesimista y matizado) que influyen en las posturas de elites intelectuales y vanguardias políticas sobre el comportamiento de las masas y su cultura.

**DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA**

**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
UNIDAD AZCAPOTZALCO**

**2020**

# INDUSTRIA CULTURAL, ARTE Y SOCIEDAD: LOS CONCEPTOS Y LA HISTORIA (1956-1968). PRIMERA PARTE

## Los contenidos

Este apartado está dividido en dos partes. Siguiendo el hilo conductor de la historia y los conceptos, en la primera presento los antecedentes del período estudiado (1956-1968) y en la segunda el rastreo a las elites en la historia europea y sus juicios sobre las masas para comprender la cultura de las mismas y su relación con la industria cultural moderna. Las elites no existen sin su contraparte: los de abajo, los otros, las masas y viceversa. A lo largo de milenios se han creado diferentes polaridades sociales producto de la animadversión de las elites hacia las multitudes que con sus particulares especificidades subsisten hasta nuestros días. Sin embargo, elites intelectuales, económicas, políticas o artísticas son indispensables para esclarecer la relación *arte-cultura de masas-industria cultural* y sus representaciones conceptuales en el marco de la modernidad. Para comprender esta compleja, contradictoria y cambiante vinculación hay que conocer los conflictos entre los que se posicionan del lado de las elites, los que optan por las masas o los que buscan posturas “intermedias” menos unilaterales y binarias.

Como resultados colaterales de seguir la dicotomía élites-masas mediante rastreos histórico conceptuales, encontramos que a partir de finales del siglo XVIII se va tejiendo una cuerda conductora que llega hasta el siglo XX y nos da pistas sobre el origen de la contracultura y otros movimientos sociopolíticos heterodoxos. Las expresiones negativas de las elites intelectuales hacia las masas, que las observan hipercríticamente o eluden el estudio de sectores sociales como el lumpemproletariado y otro tipo de grupos marginales y sus dirigencias, dificultan el reconocimiento de las vanguardias progresistas, libertarias y bohemias que encabezaron movilizaciones tan importantes como la revolución de 1848 y la

Comuna de París o tan deleznable como el apoyo al “18 brumario de Luis Napoleón Bonaparte”.

En la segunda parte abordamos las vanguardias y el romanticismo como necesarios complementos de un dispositivo conceptual que historicice, contextualice y ayude a completar el cerco analítico de la relación modernidad, industria cultural, arte y sociedad. Al estudio de las elites hay que agregar el de las vanguardias, así como el papel del romanticismo –progresista, conservador o sus matices intermedios-, en la conformación de individuos o grupos que se adelantan a su tiempo y pretenden encaminar las acciones de sus seguidores hacia objetivos futuros o inmediatos: trascendentes, realistas o utópicos. De estos recorridos por la historia sociocultural surgen diferentes sub-apartados que recogen el concepto de vanguardia y sus orígenes; sus encuentros con la política y la construcción del yo liberado durante el siglo XIX; así como la relación entre vanguardias artísticas y políticas, sus avenencias y desavenencias. Finalmente desviamos la mirada del continente europeo hacia la Norteamérica de la guerra fría para dar cuenta de las peripecias y cambios de rumbo de la industria cultural, concentrándonos en la cinematografía y la construcción del sujeto juvenil protagonista de las revueltas y transformaciones socioculturales de 1968.

### **Arte, sociedad, sociología**

Independientemente que las reflexiones que a continuación expongo merezcan un reporte particular con su respectivo tratamiento epistemológico, por el momento, no está por demás enumerar algunas acotaciones sociológicas que, insisto, serán objeto de futuras y más profundas indagaciones. Continuando con la ruta e intención de estos textos, es pertinente aclarar que los conceptos y puntos de vista que en ellos se vierten tienen su origen y motivo en la preocupación de ir construyendo líneas de fuga, vasos comunicantes y encuentros entre el arte, la sociedad y la sociología. ¿Por qué ligar estas investigaciones y reflexiones sociológicas a conceptos y temas como *elites*, *vanguardias* y *romanticismo* que tradicionalmente han pertenecido a la política, a la historia del arte, al lenguaje de

la guerra y a la literatura? Pregunta que en la actualidad, cuando se están desvaneciendo las fronteras y mutuas relaciones entre arte, ciencias naturales y sociales, resulta casi ociosa. Pero no lo es para ciertos círculos y escuelas universitarias, donde la hermética estructura interna de sus programas de ciencias sociales sigue manteniendo cierta rigidez en torno a las delimitaciones epistemológicas de sus respectivos objetos de estudio. El celo sociológico por marcar férreamente las fronteras del ámbito de sus estudios y la meticulosa delimitación decimonónica del hecho social estaban plenamente justificadas en tiempos que la sociología definía su identidad y autonomía disciplinarias. Hoy esa postura se convierte en obstáculo, sobretodo cuando las ciencias sociales sacudidas por la realidad contemporánea experimentan profundos cambios que las obligan a relaciones multi, trans e interdisciplinarias.

En la actualidad se cuestiona la infranqueable división entre la sociología y las ciencias sociales y naturales, y de estas últimas con el arte y la literatura. La sólida modernidad tardía da paso a una modernidad líquida o reflexiva, o a la evanescente posmodernidad. Coyuntura donde se derrumban fronteras disciplinarias, umbral donde se realizan mestizajes inter-disciplinarios y territorios cognitivos que se traslapan dando paso a la transdisciplinaridad; tiempos jabonosos que demandan adecuadas concepciones, más flexibles y abiertas a la mezcla. Ante este movedizo panorama, es imposible mantener vigente la estática noción decimonónica de hecho social.

En 1895, Durkheim advertía, que si bien era difícil que algún acontecimiento humano pudiera no ser clasificado como social, esto no implicaba abrir indiscriminadamente el ámbito del hecho social de manera tal que pudiera confundirse con el biológico o el psicológico (Durkheim, 1976: 23). Esta afirmación que sustenta la “pureza” disciplinaria hoy es refugio y recurso para sociólogos reticentes a dialogar con la antropología, la psicología, el psicoanálisis, las artes o la literatura. La definición del hecho social merece revisiones de cara a lo que el mismo Durkheim hizo y escribió en 2012 en “Las formas elementales de la vida religiosa” (Durkheim, 1993), texto etnográfico que abriría la tradición de una

sociología francesa en constantes encuentros con la antropología (Marcel Mauss, Pierre Bordieau, Michel Maffesoli).

Moviéndonos en el tinglado de esta realidad multiforme que, desvanecidas las estructuras sólidas de los saberes estables, dan paso a la superación de las fronteras disciplinarias tradicionales; surgen saberes, conceptos y nociones híbridas propiciados por la “liquidificación” de las estructuras y los “trasvasamientos” entre las mismas. En este prolongado período liminar, conceptos como élites y vanguardias permiten incursionar en el arte, la literatura, la sociología, la política y las diversas nociones de modernidad, posmodernidad o contemporaneidad. La ruta que enmarca esas indagaciones es histórica, entendiendo ésta como un proceso contradictorio de “ires y venires”, no lineal como la concebían los modernos decimonónicos, influenciados por el optimismo y las teleologías de Hegel o Marx y las experiencias de una revolución como la francesa y sus secuelas. Una de las aportaciones del arte a la revisión de la historia en el umbral de este inicio de siglo, será la recuperación de la contingencia y la mezcla de tiempos, signos de la actualidad y características del arte, o de una sociología romántica cansada de los excesos teóricos y de racionalidad instrumental.

La liminalidad del período histórico que vivimos y la evanescencia de los fenómenos sociales que lo caracterizan, parecen apuntar hacia una errancia de los conceptos y a su transitoriedad ante realidades que cambian apenas son verbalizadas, definidas, connotadas, significadas. En esa emigración los conceptos y nociones se entreveran con los de otros territorios del saber, de la ciencia o la creación artístico-literaria, a momentos son teoremas o metáforas en una danza caótica, donde la contingencia se torna previsible y el absurdo es lo razonable; donde la hibridez recoge esas mezclas sociales de una realidad compleja y en constante mutación que es muchas cosas: ciencia social o natural, arte, realidades e imaginarios, paradojas que parecen paradigmas. Valga recuperar el nomadismo conceptual, que le sirve Néstor García Canclini para justificar el uso que le dio la noción *hibridación*, la cual generó algunas objeciones de quienes consideraban impertinente tratar las transformaciones sociales con un

término que aludía a la infertilidad en la biología (García, 2011: 124). La validez de la opción de Canclini al utilizar la hibridación en las ciencias sociales, es una expresión del nomadismo social de la posmodernidad. Así como los individuos se mueven y mudan de residencia, país o continente, los conceptos *nómadas* transitan en el tiempo y el espacio sustentados del “carácter itinerante de los conceptos, que viajan entre disciplinas, entre períodos históricos y entre comunidades académicas geográficamente dispersas” (García Canclini, 2011: 124).

Finalmente, considero pertinente hacer una breve reflexión sobre élite y vanguardia que aparecen constantemente a lo largo del texto. La primera, en un principio se restringía a “las posiciones más elevadas de una sociedad” (Hilman, K. H., 2001: 267), En esa concepción la “élite coincide mayoritariamente con las clases dominantes o superiores” (*Loc. cit.*). En las sociedades modernas, “la élite constituye un sistema de élites, integrado por distintas élites parciales funcionalmente especializadas (élites políticas, económicas, militares, científico-intelectuales, de la cultura y el tiempo libre)”. (*Loc. cit.*). La vanguardia debe su existencia al carácter de avanzada de sus posiciones, digamos que la vanguardia (militar, política o artística) se adelanta a sus respectivos sectores. El concepto tiene un origen militar, la vanguardia tiene, como en una batalla, la propensión a separarse del resto. En términos políticos y artísticos implica pensar una sociedad mejor y por lo tanto adelantarse a su tiempo. En el caso de la política propone un mundo mejor y en cierto sentido tiene una teleología que, al igual que la artística, la proyecta hacia el futuro. Las vanguardias también son élites, pero no toda élite es vanguardia.

### **Contexto y antecedentes**

Antes de comenzar este recorrido en torno a los avatares de la industria cultural, la sociedad, la modernidad y sus mutuas relaciones durante los años que van de 1956 a 1968, es necesario establecer algunas coordenadas temporales y conceptuales que permitan acotar su estudio y expresar y puntualizar sus

características. Las experiencias culturales, estéticas y sociales de este período reflejan la influencia e impacto de la doble dimensión de las promesas de la Revolución francesa que conforman dos facetas de la modernidad: la “tecnológica” y la de “liberación” (Wallerstein, 1995: 13). La primera, que va acompañada de los avances en la economía y la consolidación de la burguesía como clase, es considerada como propiciadora de alienación y desigualdad. En cuanto a la segunda –también llamada modernidad libertaria-, prometía una sociedad más libre e igualitaria.

Ambas dimensiones eran parte de la misma modernidad. Unidas programáticamente en sus inicios, fueron separándose conforme la burguesía fue consolidando su poder económico y dejando atrás su carácter social y políticamente revolucionario, centrando sus propósitos de cambio únicamente en los logros técnico-económicos. La separación de ambas facetas de la modernidad se profundizó a partir de la derrota de la Comuna de París. La libertaria dejó de ser parte del programa de occidental de modernidad y, aunque la esperanza de reconstituir sus ideales originarios y avanzar en sus intenciones igualitarias se renovó con las revoluciones sociales del siglo XX, éstas acabaron cayendo en lo que serían autoritarias versiones socialistas de la modernidad que, emulando la capitalista, privilegiaban los avances técnico-económicos por encima de una mayor libertad.

De acuerdo al artículo de Wallerstein, los movimientos juveniles de los sesenta representaron un intento por reencaminar los rumbos de una modernidad cada vez más concentrada en la generación de riqueza, progreso e innovación tecnológica que había olvidando las promesas originales de igualdad, libertad y fraternidad. Los movimientos estudiantiles y contraculturales de las décadas de los sesenta y setenta buscaron recuperar la banderas igualitarias y libertarias en el “aquí y ahora” y con ello transformar del mundo material y cultural, objetivo y subjetivo, de aquellos años. Al mismo tiempo surgían utopías renovadas y movimientos socioculturales para combatir la explotación capitalista de la fuerza de trabajo y la naturaleza, así como superar los errores del socialismo autoritario y burocrático. Sus acciones se alimentaban con la energía y teleología sustentadas



en los grandes “los grandes relatos”<sup>1</sup> de la modernidad aún vigentes, incluyendo la concepción de una historia evolutiva, lineal y siempre ascendente. Hasta la década de los sesenta y una porción de los setenta, el destino de gran parte del planeta era visto de manera optimista: las promesas de la modernidad podían cumplirse y mejores futuros eran posibles. Pasados esos años, el devenir histórico se volvió un sinuoso y accidentado camino lleno de vaivenes e incertidumbres. En el caso particular de las industrias culturales, las constantes mudanzas en los contextos económicos y socioculturales impactaron sus rumbos. A lo que habría que sumarle los reacomodos en las dinámicas internas de los campos artísticos y culturales incluyendo el deporte y el espectáculo ligados a dichas industrias.

Durante el lapso de tiempo estudiado la segunda modernidad llegó a su punto más alto. Una vez controlado el desempleo y las depresiones económicas, el desarrollo de la posguerra y los llamados milagros económicos permitieron renovar los buenos augurios en torno a un futuro promisorio prefigurado por el Estado benefactor y su capitalismo social, o el Estado planificador y su socialismo realmente existente. Capitalistas y socialistas con sus respectivas teleologías se embarcaron en una competencia mundial contra la desigualdad y, al mismo tiempo, en una guerra de baja intensidad: la guerra fría.

Las primeras tres décadas del siglo XX, además de violentas, fueron tumultuosas y críticas. Transitaron entre revoluciones, la primera guerra mundial y el crac financiero de 1929 que siguió a la llamada “quiebra de Wall Street”, que marcó el inicio de un largo período de generalizada depresión económica en EUA (1930-1939), la cual afectó el funcionamiento del sector productivo generando cierres de fábricas, desempleo y hambre. Fenómenos que, en conjunto, propiciaron el surgimiento de diferentes variantes del fascismo y otros

---

<sup>1</sup> Esos relatos serían criticados en los años ochenta por los autores posmodernos, como parte de la reflexiones y discusiones sobre la modernidad, en momentos de recomposición mundial de un capitalismo que aprovechó algunas demandas juveniles de los sesenta, obliterándolas, cambiándoles el sentido e incorporándolas a un capitalismo renovado, seductor, hedonista y global. Tanto el apogeo de las luchas antisistémicas de los sesenta y su decadencia, como el encubramiento de un capitalismo reestructurado y su respectiva modernidad, serán temas de los siguientes reportes de investigación que integran este largo estudio.

totalitarismos de los años treinta. Como respuestas a los efectos de esa larga crisis se experimentaron diferentes versiones de remedios keynesianos, en todas ellas el común denominador fue el fortalecimiento del Estado. Las salidas keynesianas para controlar el desempleo y las depresiones económicas, a pesar de su eficacia, no pudieron evitar la segunda guerra mundial, aunque hayan coadyuvado a constituir la plataforma mundial de un retorno a la estabilidad y el crecimiento al finalizar la misma.

En un mundo bipolar, de competencia entre capitalismo y socialismo y oriente y occidente, se reestructuró la economía de la posguerra mediante la aplicación de políticas públicas que intervenían el ciclo económico: planes quinquenales en el bloque socialista, keynesianismo y pactos sociales corporativos o liberales del lado capitalista. Ambas opciones fueron encabezadas por Estados fuertes.

La multiplicación de los Estados benefactores en toda la orbe, propiciaron el giro populista que experimentaron las diferentes formas-estado de la época en su relación con la sociedad y la generación y distribución de la riqueza. Se aumentó el crecimiento económico, se fortaleció el consumo y se consolidó la llamada sociedad de masas. El incremento del gasto público y los salarios –ahora concebidos como inversión para incentivar el consumo-, sirvieron para evitar otra crisis de realización con la magnitud de la de 1929. Dichas medidas apuntalaron el surgimiento de robustos Estados interventores en la economía y redistribuidores de la riqueza en lo social, así como eficaces promotores de la producción en masa para un mercado de masas. La generalización de esa variante del capitalismo, estuvo acompañada por la expansión y fortalecimiento de la subordinación de la sociedad a la producción y, a través del consumo, la creciente subordinación de la vida extra laboral. Simultáneamente surgían sofisticadas formas de organización y gestión de la producción dentro de las fábricas: se generalizó el control de los tiempos y movimientos de los trabajadores en los procesos laborales –taylorismo y fordismo-, y de sus tiempos y movilidad diarios dentro y fuera del trabajo.

La organización y gestión capitalista de la fábrica extendió sus tentáculos a la sociedad mediante una industria cultural que controlaba el tiempo libre y la

recreación de los individuos. En la repetición cíclica de la relación producción-reproducción de una sociedad con relativa estabilidad, dicha industria jugó un papel determinante. Adoptó y adaptó las formas de organización del trabajo y administración de la producción fabril a sus particulares procesos de creación de mercancías y bienes culturales. Con claros objetivos comerciales, buscó maneras de llevar cultura y diversión hacia amplios sectores sociales tomando en cuenta los gustos estandarizados de la sociedad de masas, imponiendo modas a través de los medios de comunicación –uno de sus principales sectores–. Paralelamente el arte y la cultura se transformaron, estableciendo relaciones cada día más estrechas entre sí y ofreciendo nuevas mercancías culturales para nuevas masas consumidoras de las mismas.

En el anterior reporte hablamos del debate sobre la cultura de masas entre los años cuarenta y cincuenta en EUA. Varias de sus reflexiones, conceptos y descripciones surgieron de la experiencia de una nación que marchaba a la velocidad de la cadena de montaje, que se transformaba rápidamente y vivía de lleno la capitalización del ámbito de la cultura. Las formas de funcionamiento del capitalismo en la industria fueron emuladas por los sectores de la distribución, circulación y consumo. El tiempo libre fue “colonizado” por la racionalidad capitalista, la industria cultural se dinamizó y el consumo de cine, radio, comics y discos, entre otros artefactos que se producían en cantidades industriales para satisfacer un mercado de masas.

En los cincuenta la cultura de masas se consolidó y los resultados de los debates sociológicos sobre el tema cobraron pertinencia y relevancia para su estudio. Los saberes que dejó esa discusión, sirven para ampliar nuestro dispositivo teórico conceptual y el conocimiento de las experiencias sobre la relación entre la cultura, la modernidad y la sociedad de masas; así como para analizar las polaridades sociales que se generan entre elites intelectuales y masas y las reflexiones filosóficas, psicológicas, antropológicas y sociológicas sobre dichas polaridades.

## Modernidad, elites, sociedad y cultura de masas

En el reporte anterior sintetice la discusión y diferentes puntos de vista de sociólogos, críticos e intelectuales norteamericanos sobre la cultura de masas durante las décadas cuarenta y cincuenta del siglo XX. Sus posiciones sobre la cultura de masas reflejaban el elitismo, distanciamiento y crítica de algunos autores hacia dicha cultura y los comportamientos de masa. Esas posturas acuñaron nociones y conceptos polarizados tales como: alta y baja cultura (Daniel Bell), cultura superior y cultura de masas (Dwight Macdonald) o cultura refinada y cultura brutal (Edward Shils). Los autores coincidían en situar la cultura de masas en una zona intermedia entre dos extremos, conceptuándola peyorativamente como cultura media, *midcult*, cultura mediocre o cultura de medio pelo (Daniel Bell, *et. al.* 1985). Las polaridades que generan las reflexiones en torno a la relación minorías-mayorías son resultado de un abierto desdén hacia las masas por parte de la elite intelectual, “los mejores”, los inteligentes. Esas posturas van y vienen a lo largo de la historia. Tienen orígenes remotos y sus diferentes versiones repiten una estructura de pensamiento: la “compleja noción filosófica del uno, los pocos y los muchos” (Giner, 1979: 55) que, a momentos, acaba reduciéndose a la confrontación polarizada de las minorías contra las mayorías.

Salvador Giner en su excelente libro *Sociedad masa: crítica del pensamiento conservador*, adopta una posición equilibrada. Habla del “uso de la oposición de dos modelos societarios extremos con el fin de describir la historia de la humanidad” como un tema fundamental en la aparición de la moderna teoría sociológica (*Ibid*: 149). Esta polaridad está ligada a las periodizaciones y sub-periodizaciones históricas que en el pasado y en la actualidad han generado, por un lado, reacciones defensivas y conservadoras de quienes se ven amenazados por los nuevos tiempos y, por el otro, ofensivas futuristas por parte de vanguardias que privilegian el presente y el futuro. Giner lo explica de la siguiente manera:

Lo que quiero decir con un “esquema de polaridad social” es simplemente que un importante número de filósofos de la historia han visto la sociedad humana como fruto de la evolución de una estructura social originaria a lo largo de milenios. En algunos casos, estas filosofías han entendido la historia como el lugar en que dos estructuras sociales luchan

una contra otra, aunque la idea de la victoria final de una de ellas (esto es, el desenlace final de la historia) suele prevalecer (*Ibid*, 1979: 149).

Esta noción reproducida en la modernidad representa una especie de escatología secular que pasa del imaginario a lo real, de la reflexión teórica a la práctica social y viceversa; que confronta clases y estratos sociales; que *polariza* posiciones y acciones entre importantes capas y sectores de la sociedad. Estas polaridades también han influido en la sociología desde sus orígenes y su antecedente más importante –por la influencia que tuvo durante el siglo XIX y mantuvo a partir de sus seguidores durante gran parte del XX–, es la polaridad que Hegel estableció entre la sociedad familiar y la sociedad civil en “su filosofía de la historia y su concepción del cambio a través del tiempo” (*Ibid*: 150).

Auguste Comte y Karl Marx compartían la visión de que la historia se había construido a partir de etapas progresivas, ambos convergían en su optimismo sobre el futuro. Orden y progreso sería lema de los seguidores de Comte, cuya posición ante el curso de la historia moderna se reflejaba en el nombre dado a su filosofía: positivismo. Por lo que toca a Marx, confiaba en una historia progresiva y ascendente con el comunismo como meta, asumido éste como fin de la prehistoria e inicio de la verdadera historia del hombre. Para el primero la humanidad había pasado por tres facetas que denominó estados: el teológico, el metafísico y el positivo. Para Marx las etapas eran el comunismo primitivo, el feudalismo, el capitalismo y el comunismo (*Ibid*:151-152): modos de producción sucesivos donde el más reciente superaba al anterior.

Junto a esas propuestas de historicidad e historicismo,<sup>2</sup> aparecían dualidades polarizadas –enfrentadas entre sí–, discusiones entre nociones que involucraban fenómenos sociales viejos rebasados por nuevos, combates tensos entre pasado y presente, o presente y futuro. Confrontaciones de realidades sociales que se resisten a desaparecer y nuevas que para consolidarse niegan a

---

<sup>2</sup> Este historicismo lleva a un renovado mito del destino, que sustenta las teleologías modernas. A decir de Karl Popper: “ve al individuo como un peón, como un instrumento casi insignificante del tablero general del desarrollo humano”, quien utilice esta herramienta analítica, interpretativa y prospectiva, añade irónicamente el autor, “tratará de comprender el significado de la comedia representada en el Escenario Histórico y las leyes que rigen el desarrollo histórico. Claro está que si logra hacerlo será capaz de predecir evoluciones futuras de la humanidad” (Popper, 1967: 9). El texto fue escrito en 1945 pero nos servirá para analizar la crisis de la modernidad tardía o segunda modernidad y sus defensores o críticos.

las primeras. Dúos polarizados, como comunidad y sociedad (Tönnies), solidaridad mecánica y solidaridad orgánica (Durkheim), Sociedad abierta y cerrada (Bergson), modo de producción capitalista y modo de producción comunista (Marx). Siguiendo los efectos de la polarización, en lo social tenemos diadas que marcan los contrastes o confrontaciones de estamentos, clases y agrupamientos sociales, con una constante que es el hilo conductor que las engarza a lo largo de la historia: el enfrentamiento social entre diferentes clases sociales, sectores dentro de una misma clase o grupos de status. Dichas confrontaciones pueden ser verticales u horizontales. Las primeras son choques entre los de arriba y los de abajo (burguesía y proletariado, pobres y ricos) o entre capas sociales más o menos ilustradas (elites ilustradas y masas); y los segundos se dan en el seno de una clase social (empresarios industriales contra empresarios financieros, pequeño burguesía ilustrada contra snobs).

*Elites de la alta sociedad y masas de la baja: antecedentes remotos*

La confrontación entre el presente y el futuro, y los temores ante la incertidumbre del porvenir, han sido materia constantes de reflexiones catastróficas y parte importante de la historia de la humanidad. Cada época genera conflictos entre la realidad instituida y el presente instituyente que pretende superarla. En diferentes momentos del devenir humano, cuando se avecinan cambios, las viejas generaciones al verse rebasadas por las nuevas reaccionan defensivamente. Sus formas de vida, mitos, costumbres, valores y el mismo orden existente se ven amenazados, lo cual propicia reacciones de quienes piensan que el origen de esos trastornos está en la arrogancia de las capas bajas de la sociedad como planteaba Hesíodo en Grecia (Giner, 1979: 20), quien expresó su incertidumbre ante la inminente decadencia y los malos augurios del mañana con pensamientos escatológicos como este:

... nunca dejarán de sufrir fatigas y arrebatos durante el día, para ser consumidos por angustiosas pesadillas durante la noche, que les mandarán los dioses...Éste será el momento en que los hombres nacerán con sienas blancas. El padre ya no se parecerá a sus hijos ni los hijos a su padre (*Ibid*: 20).

Ante los días por venir, el mismo pensador, sentenciaba: “La única ley será la fuerza y la conciencia dejará de existir” (*Loc. cit.*).

Por otro lado, Heráclito acusaba “al pueblo de no permitir la existencia de los mejores” y resaltaba la diferencia entre éstos y la “turba atolondrada”, refiriéndose despectivamente a “los otros”, “perezosos e indisciplinados de todas las clases” y miembros de una grey “incapaz de recibir lecciones” (*Ibid: 22*). Añadía que la decadencia se debía a la arrogancia popular y al desorden. Estamos ante remotos antecedentes de una cíclica confrontación polarizadora que llega hasta nuestros días.

Por otro lado, Teognis consideraba que la *hubris* (arrogancia, desmesura) era una calamidad civil (*Ibid: 21*) y, asumiendo posiciones aristocráticas, planteó “como ha señalado Ernst, ‘una marcada antítesis de lo ‘bueno’ y de lo ‘malo’ que relacionaba con la nobleza y el pueblo respectivamente”, justo cuando reprobaba el derrocamiento de la nobleza “por una turba ‘que llevaba [vestía] pellejos de cabra y que no sabía nada de decretos o de leyes’ ” (*Loc. cit.*).

Más tarde Jenofonte, Platón e Isócrates, pensadores coetáneos, expresaron puntos divergentes sobre la relación minoría-mayoría. El primero seguía la ya tradicional postura crítica y a momentos arrogante contra el pueblo, afirmando que es en él: “donde hallamos más ignorancia, indisciplina y malevolencia; la pobreza impele a los hombres a acciones vergonzosas y explica la falta de educación e ignorancia...” (*Ibid: 29*). Salvador Giner añade:

Jenofonte y los otros miembros reaccionarios de la aristocracia no lamentaban ni celebraban este hecho aparente: creían firmemente que estaba en la naturaleza de las cosas y sobre esta noción construyeron sus defensas más aceradas de la oligarquía (*Loc. cit.*).

Isócrates, es uno de los pocos pensadores griegos que ponderó y analizó objetivamente la relación minoría-mayoría y las causas de la apatía pública. Fue un comentarista político cuyas consideraciones se adelantaron a su tiempo. Este personaje a diferencia de Jenofonte:

... se niega a aceptar que la apatía política es la característica innata de la mayoría. Si el pueblo es una mayoría silenciosa e indiferente, es porque sus vicios políticos son *generados por condiciones externas* [cursivas mías], entendiéndose por ellas la estructura de la sociedad, el nivel de vida y la cultura cívica (P. 31).

La tercera postura es la que corresponde a Platón, quien no cae dentro de las consideraciones de Jenofonte y otros que identifican a la masa como una típica representación social del mal, aunque tampoco tiene la imparcialidad de Isócrates, ni mucho menos adopta posiciones dentro del justo medio. En última instancia, acaba denostando a la masa de la cual se expresa con desprecio y la caracterizaba como mediocre, en el diálogo *Critón o el deber* dice:

Me alegraría que los hombres ordinarios tuvieran una capacidad ilimitada para hacer el mal, pues entonces tendrían un poder ilimitado para hacer el bien, lo cual sería espléndido, si así fuera. En realidad no tienen ninguno de los dos: no son ni sabios ni estúpidos; simplemente obran al azar (Ibid: 34).

Está posturas en general, anteceden al nihilismo que resurge frente a la aparición cíclica de síntomas del declive de una era y críticas modernas hacia la masa: “todo cambio social significa corrupción, decadencia o degeneración”, diría Platón (Popper: 28).

He aquí como de la Grecia clásica hasta la Roma imperial, desde la masa de la Polis hasta la chusma urbana romana –formada por “esclavos, vagabundos, libertos de profesiones dudosas, mercaderes de exóticos atavíos, prostitutas, rudos marineros extranjeros”–, fueron motivo de preocupación y, la mayoría de las veces, blancos colectivos de juicios despectivos por parte de las aristocracias privilegiadas y sus elites pensantes (Giner, 1979: 1985).

### *Elites intelectuales y masas*

Dando un salto hasta el siglo XIX e inicios del XX, vamos a encontrar diversas manifestaciones críticas de capas sociales que se consideran reflexivas, vanguardias iluministas o elites ilustradas; desprendimientos sociales minoritarios de pensadores, filósofos, dirigentes políticos, sociólogos, psicólogos sociales, antropólogos y psicoanalistas quienes, al mismo tiempo que celebraban o criticaban la modernidad,<sup>3</sup> expresaban sus preocupaciones por la manera en que

---

<sup>3</sup> Entre quienes veían con beneplácito la modernidad para algunos sinónimo de capitalismo y el progreso estaban los socialistas científicos encabezados por Carlos Marx y Federico Engels. El propio *Manifiesto comunista* en sus primeras páginas (Marx y Engels, 1980: 55-56), era un



la modernización desaforada convierte al resto de la sociedad en una masa ignorante, enajenada o inconsciente.

Cabe señalar que la historia de la plebe, la chusma, las muchedumbres, masas, multitudes, turbas, etcétera, no constituye un fenómeno propio de los años posteriores a la década de los veinte-treinta del siglo pasado, como tampoco lo son las reflexiones intelectuales sobre ellas. Desde finales del siglo XIX ya eran materia de discusión entre intelectuales preocupados por su presencia. Durante ese periodo se fueron delineando por lo menos tres posiciones en torno a las masas, indirectamente ligadas al progreso o decadencia de la humanidad. La romántico pesimista conservadora, cargada hacia el lado de las “aristocracias” elitistas; la romántico plenamente optimista, formada por quienes confiaban en las masas sin establecer distinciones o jerarquías a su interior; y la romántico optimista con matices, inclinada hacia una élite dentro de las masas: el proletariado y sus vanguardias. Las últimas dos corrientes comparten la defensa de un futuro mejor y su confianza en el progreso,<sup>4</sup> en cierta forma son hegelianos que ven un sentido en la historia, una teleología.

La primera posición surge con las críticas a la decadente modernidad por parte de Friedrich Nietzsche y se fortalece con los argumentos de Gustave Le Bon publicados en su libro *Psicología de masas: Estudio de psicología de las multitudes* (Le Bon, 2004). Sigmund Freud quien se incorporó a esta vertiente a partir de la lectura que, con miras a fortalecer su discurso psicoanalítica, hace del libro de Le Bon. Finalmente, tenemos a José Ortega y Gasset, quien, influenciado por la filosofía nietzschiana, acuñaría la noción de hombre masa (Ortega y Gasset, 2010).

Hay un común denominador en la obra de estos tres primeros autores. Todos vivieron el período histórico que siguió a la caída de la Comuna de París y que representó el fin de los sueños de intelectuales y obreros esperanzados en

---

verdadero himno a la burguesía que había desatado las fuerzas productivas y hecho del progreso una divisa de su “empoderamiento”.

<sup>4</sup> Una diferencia de los que se insertaban en esta postura con relación a los pesimistas, era su defensa del progreso. Anarquistas, proudhonianos o marxistas compartían esperanzas en el futuro; mientras los escépticos decadentistas, además su reacción ante el presente en constante cambio y el oscuro futuro por venir, veían con desconfianza los excesos del progreso,.

lograr una sociedad más justa encabezada por el proletariado. Después de 1871 se abrió una era para muchos oscura y decadente; se dieron las condiciones para que surgieran reacciones defensivas ante un particular momento de crisis, derrota e incertidumbre en la historia europea, combinado con la aparición de fenómenos de masas que amenazaban el orden establecido, además de un estado general de pesimismo. El contexto histórico-social que vivió Nietzsche era el de una Europa donde, vencida la vanguardia del movimiento obrero en Francia, se fortalecían las burguesías nacionales y los imperialismos. Tiempos de cambio sin la ilusión colectiva depositada en un sujeto social que liberara al mundo del capitalismo, sujeto al que apelaba el *Manifiesto del Partido Comunista* en 1848 (Marx y Engels, 1980): “Proletarios de mundo uníos”.

No es una casualidad que cuando aparecen inciertas coyunturas económicas, sociales, culturales, políticas y existenciales, salgan de los arcones las obras empolvadas de Nietzsche. El pesimismo, las reflexiones y conceptos hechos bajo ese tenor, al abordar esos momentos de la historia, permiten analizar los tintes apocalípticos del nihilismo y el papel que jugaron algunos de sus propagadores. Un año después de la caída de la Comuna de París Nietzsche publica *El origen de la tragedia*, su primer libro (Nietzsche, 1999). Parecería que, derrotado el proletariado, se cerraba una era progresista y colectivista de la historia y se abría un *intermezzo* de indefinición y decadencia en el que se incrusta la obra de Nietzsche. El filme *Más allá del bien y el mal* (1977) de Liliana Cavani, en un inicio por demás sugerente, a través de unas cuantas escenas muestra la esencia del nihilismo y el entorno social donde se estaba gestando. Unos jóvenes se manifiestan en la calle y son dispersados con violencia por las fuerzas del orden, una carreta recorre la ciudad y quien va adentro (Louis Andrea Salomé) observa la acción represiva. El carruaje llega a la morada de Nietzsche quien está en el fondo de un cuarto tendido bajo los efectos de la heroína. Visión cinematográfica de la decadencia y el nihilismo que en unas cuantas imágenes muestra el cambio de una vieja era y la incertidumbre ante la llegada de una nueva, así como la represión de los “optimistas” que quieren cambiar el mundo en

un momento regresivo, donde el mejor ejemplo del nihilismo y el hombre decadente es el propia imagen de Nietzsche drogado.

Para este filósofo, la decadencia tenía rasgos distintivos como el “libertinaje de espíritu”, “la corrupción de las costumbres” expresada en la “debilidad de la voluntad” y “la necesidad de estimulante fuertes”; la aparición de las “terapéuticas psicológicas y morales”, que no eran más que, y siguen siendo: “formas de narcotización que evitan [las] consecuencias fatales” del escepticismo, “intentos a menudo heroicos para liquidar el hombre decadente, para reducir al mínimo su *nocividad*” (Nietzsche: 1973, 15). Hoy podríamos decir que cualquier semejanza con los tiempos actuales es reiteración histórica del mito del eterno retorno.

El escepticismo del filósofo alemán se combinaba con su virulenta reacción contra la masa: “... donde la chusma va a beber con los demás, todos los pozos quedan envenenados” sentenciaba en *Así habló Zarathustra* (Nietzsche: 1983, 88). Su enojo contra la confusión, el desorden, la mediocridad y la decadencia lo expresaba crudamente: “pero vivimos en el reino de la plebe; ya no me dejo engañar. Y plebe significa revoltijo [...] Revoltijo plebeyo: en él todo está mezclado con todo” (Nietzsche, 1983: 220).<sup>5</sup>

Gustave Le Bon fue contemporáneo de Nietzsche. Vivió más años que él y sus ideas y hallazgos impactaron a personajes como Sigmund Freud. Le Bon fue un conservador cuyas posturas formaban parte de reacciones resultado de “los temores sobre los efectos nocivos de la extensión del igualitarismo y la democracia de la vida política” de la última década del siglo XIX (Giner, 1989: 101-102). Contemporáneo de Gabriel Tarde y de Cesare Lombroso hay algo de positivismo en sus indagaciones y conceptos y, por supuesto, mucho de psicologismo. Su libro se publica en un momento de auge del industrialismo, cuando éste generaba críticas conservadoras o loas por parte de los progresistas, y venía acompañado de cambios en la estructura y funcionamiento de la sociedad reflejo de las relaciones de producción en las fábricas. El proceso diario de producción industrial y reproducción de la sociedad, junto a la estandarización de la tareas fabriles, arrojaba a la sociedad contingentes uniformes de trabajadores o

---

<sup>5</sup> Para profundizar sobre las posiciones de Nietzsche recurrir al multicitado libro *La sociedad masa* (Giner, 1979: 96-101)

desempleados que fueron la base del surgimiento de las multitudes de finales del siglo XIX.

Para conservadores como Le Bon, las muchedumbres tendían a homogeneizarse en su conducta cotidiana como reflejo de su uniformidad en el proceso laboral. Entre otras de sus peculiaridades estaban: su propensión a la sugestión y al contagio mental colectivos, la falta de control y ambivalencia en sus acciones, así como la necesidad común de un mito unificador para lograr “su comunión de masas” (*Ibid*: 104-105). Alberto Melucci sociólogo especializado en acción colectiva y movimientos sociales expresa que tanto Le Bon como Tarde “proponen una imagen irracional y caótica de la multitud”, cuyos miembros “son sojuzgados por la sugestión colectiva” y las características de su alma colectiva “son la credulidad, la exasperación de emociones y la tendencia a la imitación” (Melucci, 1999: 27), además de ser objeto de manipulación por parte de mitos unificadores personalizados (dictadores) o colectivos (élites dirigentes y partidos).

Para Le Bon el alma colectiva de las masas, es anónima, homogénea en su conducta, susceptible al contagio y a la hipnosis colectiva. Para él las masas son sugestionables, manipulables y volubles y representan formas sociales que degradan el alma individual:

La masa es siempre intelectualmente inferior al hombre aislado. Pero, desde el punto de vista de los sentimientos y de los actos que los sentimientos provocan, puede, según las circunstancias, ser mejor o peor. Todo depende del modo en que sea sugestionada (De Benoist, 2007).

Sigmund Freud hace una lectura psicoanalítica del libro de Le Bon (Le Bon, 2004), la revisión de esa obra le permite conectar las nociones sobre el alma colectiva de las masas con las que giran en torno al alma individual. En su texto *Psicología de masas y análisis del yo* (Freud, 1992), con la intención de apuntalar sus conceptos psicoanalíticos, el autor aborda temas tratados por LeBon, como la sugestión de las masas, usando la libido –“aquellas pulsiones que tienen que ver con todo lo que puede sintetizarse como ‘amor’ ” (Freud, 1992: 100)- como un concepto que vincula la esencia del alma de las masas con dicha sugestión y que está detrás de ella. De manera similar trata la psicología masas y los procesos de identificación, idealización y traslación del yo individual y colectivo al dirigente; la

conexión entre masa, hipnosis colectiva y enamoramiento; el instinto social gregario y el miedo individual a la separación de los otros; la masa como horda primordial, y la hipnosis y los deseos individuales y colectivos de volver a los orígenes.

La segunda posición, la romántico-optimista, se contrapone a la anterior pues confía plenamente en las masas obreras o el pueblo insurrectos. La conforman dirigentes sociales como François Babeuf, Pierre Proudhon, Mijail Bakunin y Louis Auguste Blanqui, quienes combinaron la acción política con la publicación de escritos, los cuales fueron conformando la corriente de pensamiento y acción que dio lugar al movimiento anarquista. Esta posición reivindicaba, y a momentos idealizaba, a las clases bajas que conformaron los *sans-culottes* –base de apoyo social de la Revolución Francesa-, los artesanos, campesinos, trabajadores de oficio, obreros industriales y mujeres que participaron en las revueltas y revoluciones de Francia desde la Revolución Francesa hasta la Comuna de París. Esta vertiente de pensamiento y acción se inició con Babeuf, quien plasmó sus reflexiones en *La conspiración de los iguales* que se convirtió en una obra inspiradora de revueltas y revoluciones a lo largo del siglo XIX francés en defensa de la plebe, los pobres, el pueblo, los artesanos y los campesinos. Sumada a las obras de Proudhon, Bakunin y del propio Blanqui, conformarían las bases doctrinarias del anarquismo, construido mediante el activismo político de dichos personajes y que tendría resonancias futuras en la Francia del siglo XX. Una de las consignas del movimiento estudiantil de 1968 fue la frase acuñada por Blanqui:<sup>6</sup> “Sed realistas ¡Exigid lo imposible”.

En cuanto a la tercera variante, me refiero a la de los partidarios del socialismo científico encabezada por Marx, es una postura intermedia entre las dos anteriores. En ella se matizan las esperanzas en torno a las masas en general. Para Marx y Engels las preferencias y opciones sobre la clase social destinada a convertirse en el sujeto revolucionario se limitan al sector organizado

---

<sup>6</sup> Es curioso que Blanqui radical hasta su muerte y que trascendió por su obra política, haya escrito un libro con el sugerente título: *La eternidad a través de los astros* (Blanqui: 2000), conocida por Walter Benjamin y que estimularía la imaginación de escritores del siglo XX tan celebres como Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

de los trabajadores industriales. Sus documentadas reflexiones llevan a concepciones que captan figuras sociales que se repelen mutuamente generando la polarizada relación burguesía-proletariado. Relación complementaria pero tensa de dos polos sociales dentro de la cual juegan un papel determinante las elites en demérito de las masas. Postura que, con sus propias diferencias y matices, se acerca a las de quienes privilegian las opiniones despectivas de las elites en torno a las masas. De la misma manera que lo hacen las aristocracias en torno a las turbas, las vanguardias ilustradas sobre las muchedumbres, los intelectuales esclarecedores sobre las masas enajenadas, en suma: vanguardias políticas iluministas sobre obreros “inconscientes”.

Las concepciones sociales y las apreciaciones políticas que marcaron el rumbo del marxismo desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX, a su manera, recogen los resabios polarizadores, jerarquizantes y elitistas de posturas de las que pretendían deslindarse. Como resultado posterior, y consecuencia y prolongación de esta posición bipolar, segregadora y elitista, surge la noción política de vanguardia que fue parte fundamental de las acciones y relaciones de los bolcheviques encabezados por Lenin con el pueblo ruso. Si el obrero industrial era la vanguardia del proletariado, y éste, del resto de los sectores sociales explotados; el partido, formado por una elite de intelectuales, sería la vanguardia de toda la sociedad. Una elite preparada debería comandar las acciones del proletariado y la masa de sus seguidores. El marxismo-leninismo de los bolcheviques racionaliza, comprende y utiliza la distinción jerárquica, sus huestes se convierten en la elite política que utilizó a las masas insurrectas rusas.

P. Selsnick en *The organizational weapon* lo planteaba de esta manera:

El concepto bolchevique de las ‘masas’ es a la vez duro y flexible en el sentido técnico comunista del término ‘masa’, no es simplemente un símbolo romantizado ... sino una forma de identificar el ambiente manipulable de la elite anhelante de poder (Giner, 238).

Cabe dejar constancia de la existencia de otras visiones poco conocidas pero dignas de ser tomadas en cuenta dentro una reflexión abierta sobre la relación elite-masas. Me refiero a las reflexiones de S. Chakhotín, quien desde la óptica de un psicólogo pavloviano, en su ensayo *La violación de las masas por la propaganda política* (Giner, 1979: 256), se contrapone a los críticos –explícitos y

sútiles- de las masas, y adopta una posición ponderada respecto a sus juicios y prejuicios. Según el autor, las masas también son agraviadas, y la guerra es un ejemplo de una afrenta y una violación hacia las mismas impuesta desde arriba y desde fuera de ellas. Cito un párrafo donde Chakhotin resume su postura con relación a los autores que analizan el comportamiento de las masas desde una mirada elitista, despectiva e hipercrítica. Su comentario se centra particularmente en lo escrito por Le Bon, de quien opina:

...estaba completamente equivocado con su idea de que las masas representaban la amenaza más inminente para la civilización. Fueron estas opiniones las que acarrearón una confusión completa en la comprensión de estas materias. El peligro real para la democracia y la civilización radica más bien en la combinación de las poderosas elites, portadoras de una ideología totalitaria, y su control de los medios de comunicación de masa (Ibid: 257).

Las tres posiciones descritas conforman miradas diferentes ante la relación elite-masas donde prevalecen las separaciones y confrontaciones de las dos instancias de esa relación. Son posturas polarizadas que, como hemos reseñado, constituyen una constante en la vida social y política de la humanidad y acompañan la historia de occidente desde el remoto pasado hasta la actualidad. Para Salvador Giner las posiciones polarizadas sobre la sociedad masa parten de dos ópticas, con diversas expresiones, la de aquellos que “dividen el mundo entre los pocos y los muchos” (Giner, 1979:12), o los de abajo y los de arriba, y consideran que “la virtud, la razón y la excelencia humanas” se concentran en los pocos: “elite, aristocracia (hereditaria o no) y las capas altas de la sociedad” (Ibid: 12).

Para completar y complejizar la discusión, Salvador Giner introduce acotaciones que permiten distinguir a masas, pueblo y ciudadanía. Las posiciones elitistas “constituyen esencialmente la contrapartida de la propia teoría liberal del individuo” (Ibid: 13), para ellas el hombre masa “no es realmente miembro de la sociedad civil, no es un ciudadano: está manipulado, esclavizado, alienado” (Loc. cit.); pues si bien comparte características con el pueblo, éste, está formado por “seres humanos dignos, aunque humildes, pobres e ignorantes, con un sentido de la virtud e integrados en el orden social por la deferencia y el consenso” (Loc. cit.:

13), mientras la masa, definitivamente, carece de esos atributos. Con importantes diferencias algo semejante acontece con la postura romántico-optimista matizada de Marx y sus seguidores, quienes distinguían al pueblo del proletariado y a este de sus elites dirigentes. Incluso al propio proletariado –al que le otorgaban cualidades de las que carecía el “pueblo en general”-, le negaban otras solo atribuibles únicamente a las elites de la pequeña burguesía revolucionaria. Para Karl Kautsky, miembro del círculo cercano a Marx, solo los intelectuales pequeño burgueses podían llevar la consciencia socialista al proletariado. Cabe añadir que la concepción marxista es un equivalente no conservador de las posturas que impugnan a las capas más bajas de la sociedad, en efecto, se diferencian de ellos, pero, al mismo tiempo, acaban sustituyendo el binomio jerárquico pueblo-masas por la relación pueblo-lumpemproletariado, o proletariado y elites marxistas, igualmente jerárquica.

### *Elites marxistas y lumpemproletariado*

Profundicemos sobre este tenso encuentro polarizado, que es pieza fundamental en las posturas que Marx tenía sobre las relaciones entre los intelectuales comunistas, la clase obrera y la política. En realidad su visión era contradictoria y, en última instancia, elitista. De acuerdo con el período y las condiciones histórico concretas que analizó, en sus reflexiones sobre las masas *organizadas de trabajadores* veía en el proletariado al sujeto revolucionario que liberaría al mundo del capitalismo. Sin embargo, los intelectuales y militantes políticos de su núcleo partidario cuya mayoría no provenían del proletariado, acabaron convirtiéndose en un grupo minoritario de vanguardia que, en el siglo XX, terminaron sustituyendo la llamada dictadura del proletariado por la de grupos reducidos de intelectuales e miembros de la *intelligentsia técnica*<sup>7</sup> sobre el proletariado. Situación que premonitoriamente anticipara Bakunin en sus discusiones con Marx y sus conceptos de partido y dictadura del proletariado, donde escribió que ésta no era

---

<sup>7</sup> El término proviene de Alvin Gouldner que desde la sociología avala y profundiza el estudio de las nociones de intelectuales e *intelligentsia* usados anteriormente por Bakunin; como parte de lo que él llama la nueva clase en ascenso (Gouldner, 1980: 11-21)



más que la dictadura de una “aristocracia de científicos auténticos y falsos” sobre los trabajadores (Dressen, 1969: 113).

Marx sigue la tradición elitista, su optimismo –que pierde su carácter romántico después de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (Marx, 2001)-, no se extiende a las masas en general: deja fuera al lumpemproletariado<sup>8</sup> y con él a un sector social numéricamente importante, aunque políticamente caprichoso y, a momentos, copartícipe en acciones reprobables como el apoyo al golpe de Estado y estancia en el gobierno de Napoleón III. Marx describe a este sector de clase en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* con estas palabras:

Bajo el pretexto de crear una sociedad de beneficencia, se organizó al lumpemproletariado de París en secciones secretas, cada una de ellas dirigida por agentes bonapartistas y un general bonapartista a la cabeza de todas. Junto a *roués* (libertinos), arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, huidos de galeras, timadores, saltimbanquis, *lazzaroni*, carteristas y rateros, jugadores, alcahuetes, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzueros, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman la *bohème*; con estos elementos, tan afines a él, formó Bonaparte la solera de la Sociedad del 10 de Diciembre... (Marx, 2003: 63-64).

La bohemia de la cual forman parte sectores del lumpemproletariado es esa parte de la sociedad con la que Baudelaire simpatizaba y que también fue admirada por románticos, anarquistas y dandies de la segunda parte del siglo, era, para Marx, una categoría social aberrante. En ese sentido, compartiría las críticas futuras, expresión del escepticismo y desprecio elitista de filósofos y psicólogos como Federico Nietzsche, Gustave Le Bon, Sigmund Freud y José Ortega y Gasset hacia plebeyos, chusmas, masas, multitudes o muchedumbres. A partir de la definición de lo que significa el lumpemproletariado, queda clara la diferencia

---

<sup>8</sup> En torno a este sector social hay lagunas inexplicables en los análisis marxistas, como la falta de estudios objetivos sobre la posición del lumpemproletariado dentro del proceso de producción-reproducción. Explorando las propias tesis marxistas sobre el llamado ejército industrial de reserva, estando éste formado por desempleados, el lumpemproletariado bien podría ser ubicado dentro de él. Otra ausencia conceptual se relaciona con la posición de clase de los intelectuales –de los que formaban parte Marx y Engels-. Aquí el vacío tuvo serias consecuencias políticas posteriores, sirvió para que intelectuales marxista-leninistas justificaran su dictadura de partido y atacaran a sus enemigos políticos llamándolos peyorativamente: pequeñoburgueses; siendo que ellos mismos pertenecían a ese sector social.

entre un Marx empático con las masas obreras organizadas y otro profundamente crítico y despreciativo hacia la parte desempleada y marginada de dichas masas; sector social susceptible de manipulación por parte de sus dirigentes – conspiradores de profesión como los llamaría con desdén-, o de grupos de “conspiradores por convicción” a los que él propio Marx pertenecía.

Aquí vale remontarse a Walter Benjamin quien en *El París del Segundo Imperio en Baudelaire*, hace un espléndido análisis de las diferencias entre Marx y los comunistas o socialistas científicos, de un lado; y los dirigentes y agitadores populares como Louis Auguste Blanqui en su mayoría de extracción pequeñoburguesa (como el propio Marx), del otro. Dichas diferencias parten de la base social sobre las que se sustentan las élites políticas de ambos bandos; las cuales en el futuro serían caracterizadas como vanguardias políticas profesionales que Lenin reivindicará –aunque en principio se negara a reconocer su valor e importancia como punto clave de la relación intelectuales, partido y obreros rusos-. Marx ensalzaba al batallador proletariado organizado y Blanqui a los aguerridos artesanos, obreros, campesinos y marginados del lumpenproletariado. Aquellos que como escribiría Benjamin, poseían esa “rabiosa ira –*la rogne*-, ese rencor [que] había sido la estructura psíquica que alimentara medio siglo de luchas de barricadas en los conspiradores profesionales de París” (Benjamin, 1985: 47).

Reafirmando lo dicho en *El 18 brumario*, Marx veía en el lumpemproletariado al receptáculo de marginados y personajes de la “contracultura” de la época, a cuyos lugares de reunión asistían escritores – “escritorzuelos” según Marx-, como Teophile Gautier y Charles Baudelaire junto con otros intelectuales y artistas con modos de vida diferentes y simpatías hacia la cultura proscrita de los marginados. En otro escrito Marx y Engels (Chenu, 1850) denuestan nuevamente a los conspiradores proletarios ocasionales y bohemios (citado en Benjamin, 1985 y 1999):

Con el proceso de formación de las conspiraciones proletarias, hace su aparición la necesidad de la división del trabajo: sus participantes se dividían en conspiradores ocasionales, *conspirateurs d'ocassion*, o sea trabajadores que sólo practicaban la conjura al lado de sus otras actividades, sólo asistían a las reuniones y estaban dispuestos a aparecer, si lo mandaba el jefe, en el sitio convenido para la cita; y en conspiradores

profesionales, que dedicaban toda su actividad a la insurrección y que vivían de ella (...) Las circunstancias de vida de esa clase condicionaban de antemano todo su carácter (...) Su incierta existencia, dependiente en cada caso más del azar que de su actividad, su vida irregular, cuyas únicas paradas fijas son las tabernas de los vendedores de vino –lugares de citas de los conjurados-, sus inevitables tratos con la ralea de gentes equívocas, clasifican a esos hombres en aquel círculo de vida que en París se llama la *bohème* (Benjamin, 1985: 44-45 y Benjamin, 1999: 23-24).

En justo anotar que parte de la crítica a las huestes del lumpenproletariado en general, por parte de Marx, es correcta en cuanto a que los rumbos políticos de ese sector social y su vertiente bohemia, en efecto, fueron y han sido ambivalentes, y así como encabezaron las batallas de 1848 en Francia también apoyaron el 18 brumario de Luis Bonaparte como bien señala Carlos Marx. Pero quedarse en esa visión parcial es olvidar los impactos del radicalismo de la bohemia lumpen o pequeño burguesa en la Comuna de París, el anarquismo, el populismo ruso, el situacionismo, el marxismo libertario y los movimientos contraculturales. La bohemia como el romanticismo que la inspira no es homogénea, también tiene sus matices progresistas o conservadores, de izquierda o derecha.<sup>9</sup>

En su crítica a la bohemia y al lumpemproletariado esta el origen de las descalificaciones que en el futuro hicieran algunos marxistas a grupos opuestos a sus posiciones y, para efectos de este análisis, a lo que serían las expresiones contraculturales del siglo XX. Marx alimentaba sus concepciones con los procesos laborales de la producción industrial y los trabajadores que ahí laboraban; centraba su visión de transformación, su socialismo científico, en una sociedad sustentada en el trabajo material; el sujeto revolucionario eran los trabajadores industriales, por tanto, sus posiciones contra el lumpemproletariado son congruentes con esa visión; en suma, no podemos encontrar en Carlos Marx signos de empatía con la “contracultura” de la bohemia, ni por grupos sociales cuya base de sustentación está en la reproducción o el no-trabajo propio del ejército industrial de reserva. Esos marginados de la economía o pertenecientes a nuevas formas de trabajo capitalista, segregados por la cultura establecida no le

---

<sup>9</sup> Para ampliar el conocimiento sobre la bohemia y el lumpemproletariado, o el lumpemproletariado bohemio, véase el estupendo libro *Melancolía de Izquierda* (Traverso, 2018: 209-258)

interesaban a Marx, y serían materia de análisis para pensadores marxistas, sociólogos y filósofos durante el siglo XX y XXI, a partir del abordaje de los trabajadores que pertenecen al llamado *general intellect* (Griziotti, 2017: 14) y de los conceptos de biopoder y biopolítica de Michel Foucault (Minello, 1999: 78-80), y multitud y trabajo inmaterial de Michael Hardt y Antonio Negri (Hardt y Negri, 2004).

## Bibliografía

Bell, Daniel, *Et al.* (1985) *Industria cultural y sociedad de masas*. Venezuela: Monte Ávila Editores.

Benjamin, Walter (1985) *Sociología*. Sao Paulo: Editora Ática.

Benjamin, Walter (1999) *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Taurus: Madrid.

Blanqui, Luise-Auguste (2000) *La eternidad a través de los astros*. México: Siglo XXI Editores.

Chenu, Adolphe (1850) *Les conspirateurs*, Paris.

Dressen, Wolfgang (1969) *Antiautoritarismo y anarquismo, debate Bakunin-Marx*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Durkheim, Emilio (1976) *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Schapire editor.

Durkheim, Emilio (1993) *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza Editorial.

De Benoist, Alain (2007) 'Gustave Le Bon', en *Psicología de las masas por Gustavo Le Bon*. Ultimo Reducto.

<http://upcndigital.org/~ciper/biblioteca/Filosofia%20moderna/Psicologia-de-las-masas-G.-LeBon.pdf>

[Consultado 24 de octubre de 2019]

Freud, Sigmund (1992) *Psicología de masas y análisis del yo*. Obras completas vol. 18. Argentina: Amorrortu.

<http://www.bibliopsi.org/docs/freud/18%20-%20Tomo%20XVIII.pdf>

[Consultada el 31 de diciembre de 2018].

García, Néstor Canclini (2011) *La sociedad sin relato. Antropología y Estética de la inminencia*, México: Katz.

Giner, Salvador (1979) *Sociedad masa: crítica del pensamiento conservador*. Barcelona: Ediciones península.

Goulder, Alvin (1980). *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Alianza Universidad, España.

Griziotti, Georgio (2017) *Neurocapitalismo. Mediaciones tecnológicas y líneas de fuga*. España: Editorial Melusina.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2004) *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Debate.

Hilman, K. H. (2001) *Diccionario enciclopédico de sociología*. España: Herder.

Le Bon, Gustave (2004) *Psicología de las masas. Estudio sobre la psicología de las multitudes*. Buenos Aires: Ser y actuar.

<https://seryactuar.files.wordpress.com/2012/12/psicologc3ada-de-las-masas-gustave-le-bon-1895-pdf.pdf>,

[Consultado el 28 de diciembre de 2018].

Marx, K. y Engels, F. (1980) *Obras escogidas, tomo I*. Moscú: Editorial Progreso.

Marx, Carlos, (2003) *18 Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Marx, Karl (2001) *Manuscritos de economía y filosofía*. España: Alianza Editorial.

*Más Allá del bien y del mal* (1977) dirigida por Lilia Cavani, Italia: Coproducción Italo-franco-alemana.

Melucci, Alberto (1999) *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: Colmex.

Minello, Martini Nelson (1999) *A modo de silabario. Para leer a Michel Foucault*. México: Colmex.

Nietzsche, Friedrich (1983) *Así habló Zaratrustra*. México: Editorial Origen.

Nietzsche, Friedrich (1973) *En torno a la voluntad de poder*. Barcelona: Ediciones Península.

Nietzsche, Friedrich (1999) *El origen de la tragedia*. México: Editorial Porrúa.

Ortega y Gasset, José (2010) *La rebelión de las masas*. México: La guillotina.

Popper, Karl (1967) *La sociedad abierta y sus enemigos*. Buenos Aires: Paidós.

*The best years of our life* (1946) Dirigida por William Wilder. EUA: Samuel Goldwyn Productions. [Film].

Traverso, Enzo (2018) *Melancolía de Izquierda. Marxismo, historia y memoria*, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Wallerstein, Immanuel (1995) “¿El fin de qué modernidad?”, *Sociológica*, N° 27, enero-abril.